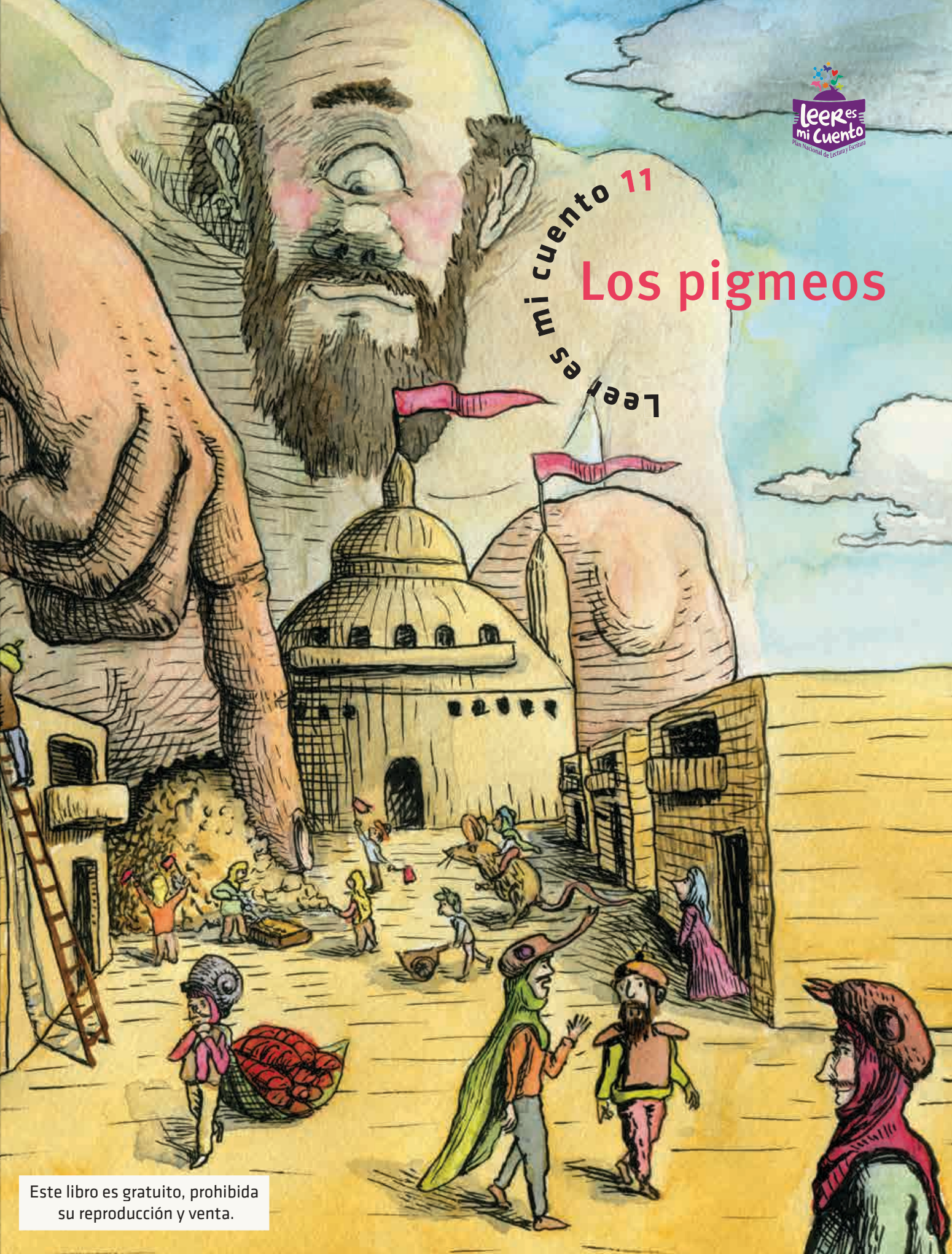


Leer es mi cuento 11

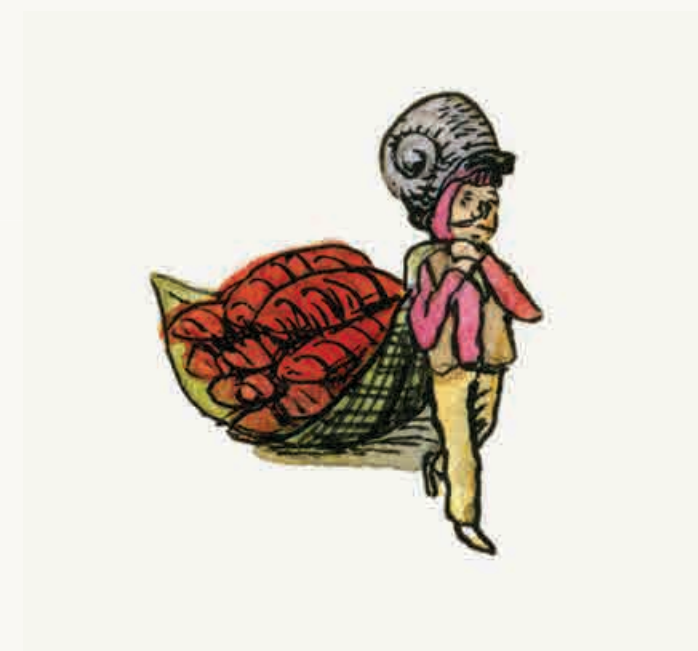
Los pigmeos



Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

N. Hawthorne



de cero
siempre

MINEDUCACIÓN

MINCULTURA

TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

Gina Parody d'Echeona
Ministra de Educación

Texto

N. Hawthorne

Traductor

M. Juderías Bender

Editor

Iván Hernández

Coordinadora editorial

Laura Pérez

Ilustrador

Rafael Yockteng

Comité editorial

Consuelo Gaitán

Moisés Melo

José Zuleta

Iván Hernández

Primera edición, 2015

ISBN: 978-958-8827-46-9

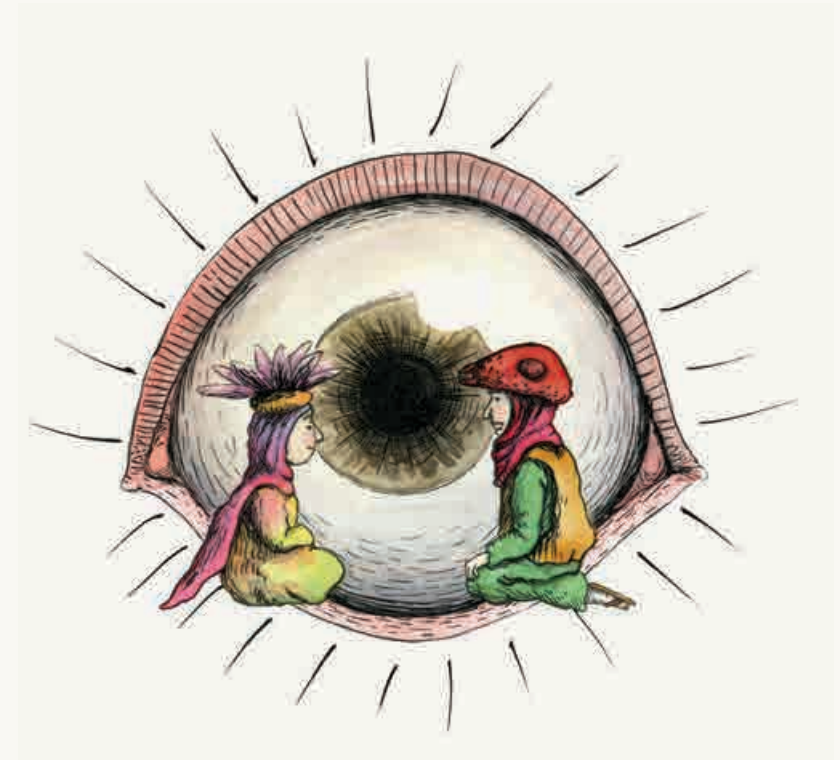
Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a: literaturaylibro@mincultura.gov.co

Impreso en abril de 2015

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia



En aquellos tiempos, cuando el mundo estaba lleno de portentos y maravillas, había un gigante llamado Anteo, y un pueblo, o mejor dicho un Estado, de hasta un millón de ciudadanos chiquirritines, del tamaño de un palmo y que se llamaban Pigmeos. Este gigante, y estos pigmeos, hijos todos de la misma madre, nuestra abuela Tierra, vivían juntos y en santa paz como buenos hermanos, muy lejos, lejísimos de nosotros, allá en el centro tórrido del África. Y como los pigmeos eran tan diminutos, y había tan dilatados desiertos de arena, y tan escarpadas y ásperas montañas entre ellos y el resto de la especie humana, y entonces no se conocían carreteras ni telégrafos, apenas se sabía de ellos por los cuentos de algún viajero que se aventuraba cada siglo hasta la comarca que habitaban. Por lo que hace al gigante, su estatura colosal podía divisarse a cinco leguas; distancia respetable que aconsejaban la perspectiva y la prudencia al propio tiempo.

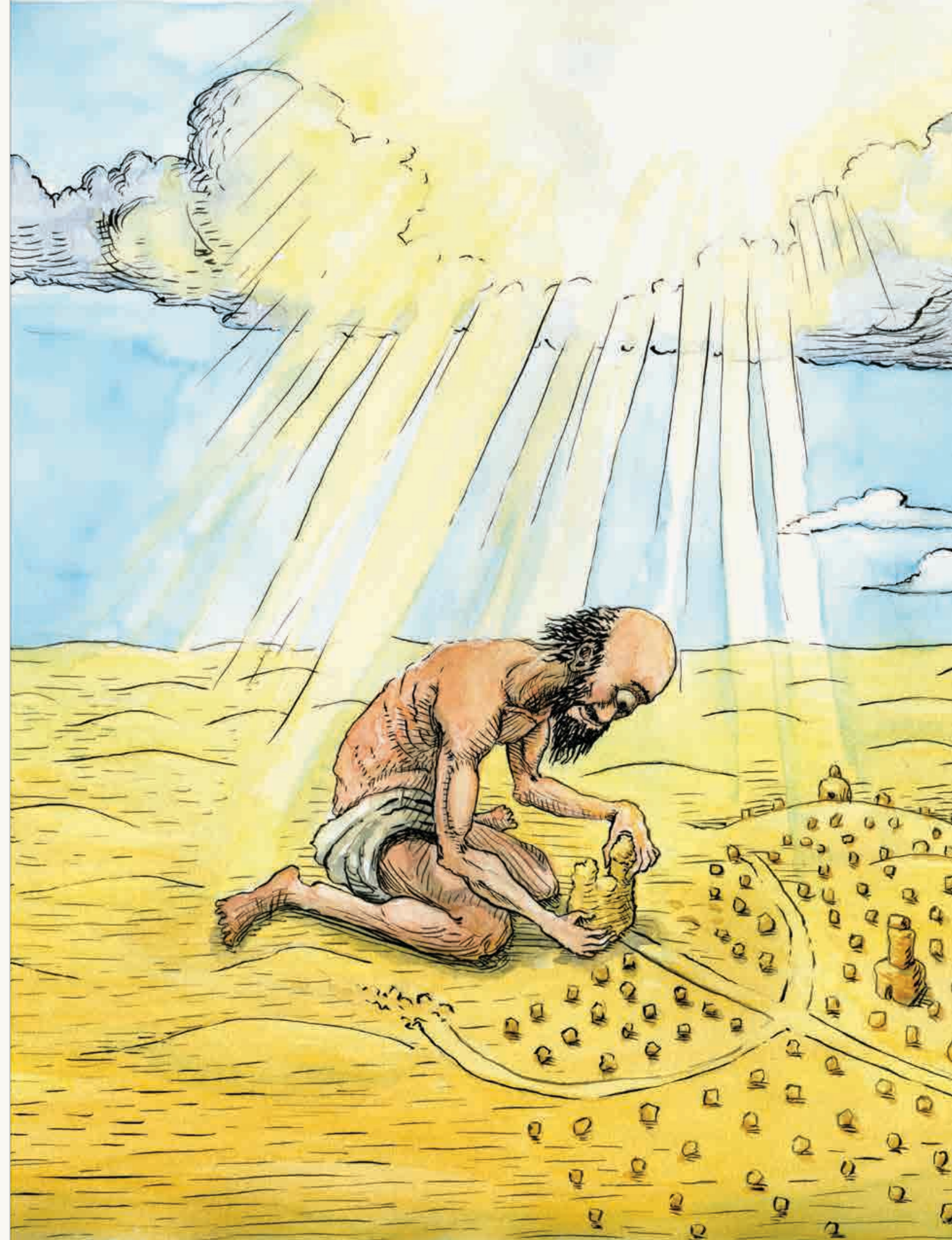
En cambio, si la nación pigmea producía, pongo por caso, un ciudadano de seis u ocho pulgadas, desde luego se le clasificaba entre los hombres más grandes que se hubieran conocido, y así era cosa digna de ver y por extremo interesante sus pueblos, y las calles

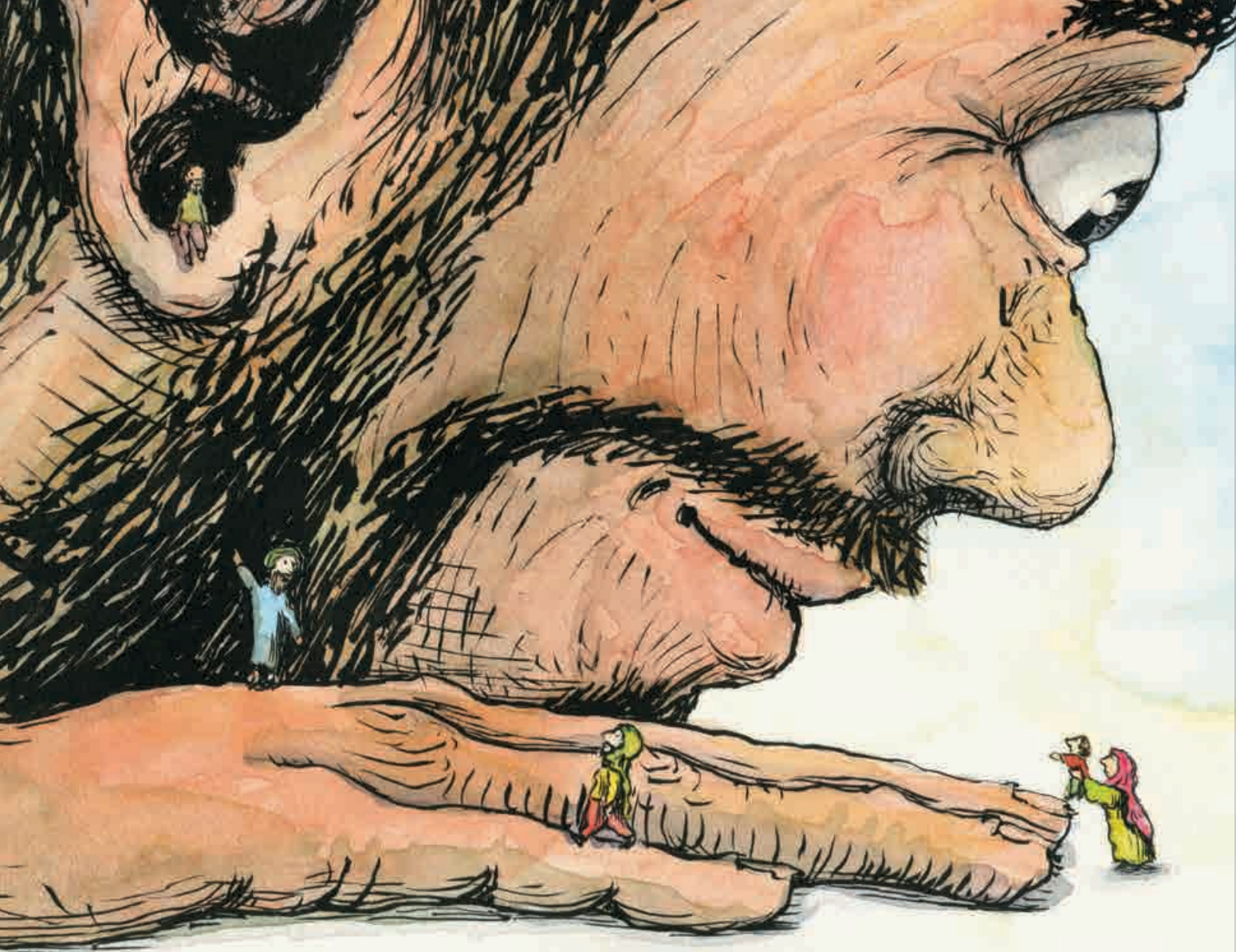
que los cruzaban, anchas de dos a tres palmos, y formadas de edificios casi tan altos como sombrereras. Eso sí, el palacio real tendría las proporciones de mi mesa de escribir, y se alzaba orgulloso en una plaza que fácilmente habría podido entoldarse un día de procesión con la sábana de mi cama. En cuanto a la catedral, obra maestra de un atrevido y famoso arquitecto, era casi tan elevada como un armario ropero y tan grande como mi alcoba, habiendo acumulado en este espacio el arte, la piedad y la magnificencia de los pigmeos cuanto es posible imaginar para ornato de un templo. Los materiales empleados en todas las construcciones referidas no consistían, sin embargo, en piedra y madera, sino en una especie de argamasa muy parecida a la que fabrican ciertos pájaros, con fragmentos de paja, de pluma, de cascara de huevo y otras cosas reunidas mediante tierra arcillosa a manera de mortero; y es lo cierto que, después de bien secas con el sol y el aire se antojaban y eran, en efecto, tan elegantes, cómodas y sólidas cual pudiera desearlas un pigmeo.

La campiña estaba dividida en granjas, cortijos y prados, y allí sembraban aquellos pequeñuelos el trigo y otras semillas de las que se alimentaban, y que llegados a su crecimiento y madurez bastaban para proteger de los rayos del sol con su magnífica vegetación a los pobladores de la comarca, del modo como las acacias, encinas y castaños nos resguardan en verano cuando sesteamos en los bosques. En la época de recolección usaban hachas en vez de hoces; que de esta suerte, cual si fueran árboles, derribaban las espigas; y cuando por desgracia caía una cargada de granos cuajados y fuertes sobre un pigmeo, allí mismo quedaba sin vida, o por lo menos tan molido que ya tenía quebranto para toda la cosecha.

He hablado de la pequeñez de los padres; ¡imagínese el lector la de los niños! ¡Bastará con decir que una familia hubiera podido jugar al escondite entre los dedos de un guante viejo; como que en un dedal de cualquiera de nuestras costureras entraría como centinela en garita un rapazuelo de doce meses!

Ahora bien, estas extrañas criaturas, según antes dije, tenían por vecino y hermano un gigante, cuya enorme y prodigiosa estatura sorprendía más aún, si fuera posible, que la exigua pequeñez de los pigmeos; y necesario es que fuera muy grande aquel hombre para servirse de un bastón de encina de ocho pies de circunferencia. El pigmeo dotado de mejor vista, apenas podía percibir la cabeza del coloso sin auxilio del telescopio; y a veces, cuando estaba nublado, nadie alcanzaba a distinguir más allá de las rodillas de Anteo, quedando el resto de su persona envuelto en la oscuridad. Pero si el día era despejado y sereno, y la atmósfera estaba trasparente, ofrecía el coloso un espectáculo verdaderamente sublime. No es fácil describirlo: era preciso ver cómo se alzaba hasta el cielo, en medio de sus hermanitos, aquella montaña de forma humana, contemplándolos risueño y lleno de fraternal complacencia con el ojo único que tenía, y para eso en mitad de la frente y del tamaño de una rueda de carreta, merced a lo cual abarcaba de una mirada la nación pigmea extendida a sus pies.





Como gustaban mucho de su trato los pigmeos, a cada momento, alzando la voz cuanto podían y ahuecándosela con las manos, le gritaban:

—¡Hola! hermano Anteo, ¿cómo te va por ahí arriba?

Y cuando, por casualidad, llegaban hasta él sus vocecitas, les contestaba:

—Vamos pasando, hermano; vamos pasando—. Inútil será decir que el estruendo que producían sus palabras era semejante al de la tempestad.

Afortunadamente para aquel pueblo tan débil, Anteo alimentaba respecto de él en su corazón la más tierna simpatía y benévola amistad; y digo por fortuna, porque de no ser así, como tenía el gigante en su dedo meñique más fuerza que toda la nación reunida, si hubiera sido para con los pigmeos tan malo como lo era para con los demás, habría podido destruir de un puntapié su importante capital. ¿Y cómo no? ¡Si sólo con soplar un poco fuerte le hubiera bastado para destejar sus casas y arrastrar a enormes distancias a sus pobladores, del propio modo que si fuesen plumas! ¡Supongamos por un momento que, de propósito o inadvertidamente, hubiese puesto un día la planta de su pie tremendo y descomunal sobre una multitud de pigmeos, y consideremos después el espectáculo



lastimoso que habría ofrecido aquella inmensa tortilla de ciudadanos! Pero, tratándose de nuestro héroe, no es ni aun lícita la suposición; que hijo como ellos de la tierra, los amaba con cariño fraternal, y tan íntima y afectuosamente, que no era posible más tratándose de criaturas tan diminutas. Por su parte, le devolvían sus hermanos aquel amor con creces, profesándosele tan profundo, tan leal y tan intenso como lo permitía la capacidad de sus corazones. A su vez Anteo estaba siempre dispuesto a servir y complacer a sus aliados con todo su poder, los cuales, si necesitaban, por ejemplo, de un poco de aire que agitase las aspas de sus molinos, al punto comenzaban éstas a dar vueltas, sin más esfuerzo que la respiración natural de los pulmones del gigante; o si, por ejemplo, era caluroso el verano y abrasador el sol, y corrían peligro de morir de insolación los segadores, sentábase en alguna colina, y proyectaba sombra con su cuerpo de una a otra frontera, mientras era necesario.

Por lo que respecta a los asuntos interiores del reino, tratándose de hombre honrado y prudente, dejaba a los pigmeos gobernarse a su modo, sin ejercer sobre ellos presión en ningún sentido; ejemplo de cordura digno de ser imitado siempre por los grandes en sus relaciones con los pequeños.

Basta con lo dicho para demostrar que Anteo amaba a los pigmeos, y estos a aquel con verdad y sin reservas mentales ni restricciones.

La longevidad del coloso estaba en relación al volumen de su cuerpo, del mismo modo que la de los pigmeos se medía por el de su pequeñez. Y como no se había interrumpido nunca la cordial amistad en que vivían ellos y Anteo de muchos siglos atrás, revisando las crónicas de aquel pueblo feliz no se hallaban sino pruebas del mutuo afecto que cada una de aquellas dos potencias se había prestado siempre. Ni tampoco el más venerable y encanecido pigmeo había oído contar a sus abuelos en las veladas de invierno la menor cosa que pudiera despertar la idea, en un espíritu investigador y curioso de que la buena armonía de Anteo con ellos, y de ellos con Anteo, hubiera dejado de ser un sólo día ejemplo de cristianos y nobles procederes. Sin embargo, en cierta ocasión, que no es lícito pasar en silencio, por serlo de tristísimo recuerdo y hallarse además conmemorada en un obelisco de hasta tres palmos de altura, Anteo, sin mirar en donde, se sentó sobre cinco mil ciudadanos reunidos para una revista; acontecimiento desgraciado, en el cual nadie tuvo la culpa, salvo el descuido del gigante; y así la nación no guardó rencor alguno al inocente exterminador de sus ejércitos.

La verdad es que incita a risa imaginarse a Anteo, del tamaño de la torre más alta que se haya construido, entre aquellas hormigas con rostro humano; ¡y pensar que seres de proporciones tan diferentes vivieran unidos con vínculos de amistad y simpatía recíproca! También es cierto que, a juzgar por las apariencias, mejor se hubieran pasado los pigmeos sin el gigante que no el gigante sin los pigmeos, y así era en efecto, porque sin aquellos benévolos vecinos, que a él se le antojaban siempre figuras de ajedrez, no hubiera tenido un solo amigo en la tierra, viviendo en la mayor soledad. Único de su especie, sin ningún semejante de su tamaño, ¿con quién hablar? ¿a quién comunicar sus impresiones? De aquí que cuando andaba, llevando la frente por las nubes, se creyera, en medio de su inmensa grandeza y de su poder descomunal, el más aislado, solitario y triste de los seres. Por otra parte, supongamos que hubiese tropezado con otro gigante; Anteo habría creído que el mundo no podía contener dos hombres de su talla, y en vez de aliarse con él, lo hubiera provocado a duelo. Pero con los pigmeos, era el chico más alegre, jovial, decididor y bonachón que hubiese bebido agua en el seno de las nubes.

Sus amiguitos, a semejanza de otros pueblos tan importantes como ellos, tenían de sí mismos la opinión más ventajosa, y se creían poderosos al extremo de darse aires de protección con el coloso.

—Pobre muchacho—se decían,—qué vida tan triste la suya... siempre solo... preciso es que hagamos algo por él, sacrificándole siquiera un rato de nuestras ocupaciones de cada día. Verdad es que la Providencia no lo ha dotado con tan pródiga mano como a nosotros de ciertas cualidades;



pero esa es una razón más para que miremos por su bienestar y felicidad. Seamos, pues, indulgentes y buenos con él, y compadezcamos su negra suerte, que después de todo, si nuestra madre la Tierra no hubiera tenido predilección por nosotros, gigantes seríamos como él.

En efecto, los días de fiesta principalmente, y ya que los pigmeos eran personas muy trabajadoras y no gustaban de perder el tiempo entre semana, iban en busca de Anteo para pasarlo en su compañía. Tendíase cuan largo era el coloso, y parecía entonces una cadena de montañas. Y como la gente menuda gustaba de pasear sobre él horas enteras, para facilitarles la subida ponía en el suelo una mano abierta donde se embarcaban a centenares, y así los encaramaba a los sitios más prominentes de su cuerpo, sin las molestias que ocasiona siempre una ascensión. Una vez allí, corrían y jugaban los chicos hasta rendirse de fatiga. Muchos mozos, en quienes comenzaba a revelarse cierto espíritu investigador, inclinado a los descubrimientos, hacían intrépidas exploraciones por entre los pliegues de su ropa; otros, subían a lo más enriscado de su cabeza, y desde la frente, como si estuvieran en la plataforma de la gran pirámide, gozaban de horizontes inmensos; y otros, en fin, o se divertían escondiéndose por entre los cabellos del gigante, cual pudieran hacerlo nuestros hijos en un sembrado de maíz, o le anudaban las barbas para columpiarse, o apostaban a quién daría primero la vuelta a la carrera y sin tropezar alrededor de su ojo inmenso y único; o los pigmeos habituados a ejercicios gimnásticos, saltaban desde la punta de su nariz al labio superior; operación peligrosa a causa de las columnas de aire que despedía por las ventanillas, y que aturdían con harta frecuencia a los equilibristas al pasar frente a ellas.

Si he de hablar con franqueza, los pigmeos eran tan enojosos a veces para el gigante como hubiera podido serlo una invasión de hormigas o de pulgas, sobre todo cuando se les ocurría clavarle en la piel sus lanzas y espadas para probar su dureza y espesor. Pero Anteo cedía bondadosamente a cuantas diabluras hacían, limitándose, si tenía ganas de dormir, a rogarles entre dientes que lo dejaran, súplica que no era siempre atendida, teniendo entonces que sufrir sus juegos con paciencia, y acabando por reírse a carcajadas de su incansable, bulliciosa y alegre actividad. El estrépito que hacía en estas ocasiones el bueno de Anteo, semejante a un huracán, y las trepidaciones de su vientre, parecidas a las de un terremoto, daban fin a la fiesta, y los pigmeos, ensordecidos, amedrentados y sin poder guardar el equilibrio, unos rodando, otros precipitándose por brazos y piernas como por una montaña rusa, dejaban al gigante tranquilo hasta el otro día. Él, al verlos alejarse, reía más aún y decía para sí:

— ¡Qué felicidad ser chico siempre! Si yo no fuese quien soy, quisiera ser pigmeo, nada más que para disfrutar del mundo como ellos...

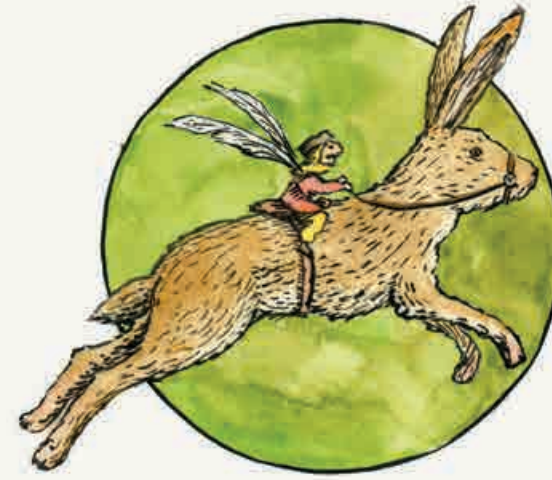




La única preocupación constante de inquietud para los pigmeos, era el estado de guerra en que vivían con las grullas hacía muchos siglos. Por incompatibilidad de caracteres, odios de raza o antipatía nacional, es lo cierto que pigmeos y grullas habían estado siempre en perpetua hostilidad, sin tratados de comercio ni de extradición, sin relaciones diplomáticas ni mercantiles; sin reconocerse, en una palabra, como no fuera en las sangrientas batallas que libraban ambos pueblos, y en las cuales la suerte azarosa de las armas decidía indistintamente y sin criterio alguno en favor o en contra de cualquier bando.

Si hemos de dar crédito a ciertos historiadores, los pigmeos iban a la guerra montados en cabras; otros, sin negar el hecho, añaden que, habiendo sido necesario modificar la táctica y el armamento para poner ambas cosas en relación con los adelantos del arte militar, cabalgaban en liebres y puercoespines, cuyas púas hacían de la nueva caballería uno de los elementos más eficaces y decisivos en las batallas. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto, porque en ello convienen todos los historiadores, que ya fuesen montados en cabras, o ya en liebres, las legiones pigmeas ofrecían el aspecto más bélico y valiente cuando se aprestaban al combate, por la militar apostura de los soldados, el brillo imponente de sus armas, el lujo y uniformidad de los trajes, el sonido de sus clarines y el entusiasmo de sus gritos de guerra; que, a fuer de bravos, estimulaban siempre su valor dando grandes voces y recordando en las arengas que el mundo los contemplaba con admiración y respeto. Diré de paso que las heroicidades de los pigmeos, ni tenían, ni tuvieron nunca otros testigos que su hermano Anteo, el cual asistía silencioso a las batallas, viéndolas reñir con la estúpida mirada de su ojo único, abierto en medio de la frente.

Cuando los dos ejércitos se avistaban, las grullas eran las primeras en acometer, cayendo sobre los pigmeos, derribándolos a diestra y siniestra cubiertos de heridas, y haciéndoles no pocos prisioneros que se llevaban en el pico. Entonces era de ver el espectáculo verdaderamente desolador de aquellos esforzados veteranos, encanecidos en la guerra y que las grullas arrebataban por los aires, agitándose con horribles convulsiones,



y desapareciendo al fin, vivos todavía, en las fauces de sus voraces enemigos. Es una verdad sabida que los héroes deben hallarse aparejados y dispuestos en toda ocasión para morir con gloria, y tengo para mí que esta idea y la esperanza de que la fama ilustraría sus nombres trasmitiéndolos a la posteridad más remota, rodeados de inmortal aureola, les serviría de mucho consuelo en el último trance; que, como ha dicho un poeta:

A los que mueren dándonos ejemplo,
No es sepulcro el sepulcro, sino templo.

Aun cuando sea este sepulcro— pudo añadir — el buche de una grulla.

Anteo solía permanecer neutral durante los combates, mientras no viera que la suerte de las armas se mostraba favorable a los enemigos de los pigmeos, porque entonces, no sin reírse de unos y otros, se dirigía al lugar de la pelea, y de un manotazo decidía el suceso en favor de sus hermanos. Las grullas que quedaban con vida huían, y los valientes pigmeos volvían en triunfo a su capital, cargados de botín, atribuyéndose la victoria, poniendo por las nubes su esfuerzo, su táctica, la eficacia de sus máquinas de guerra y la pericia de sus generales. Y a fuerza de hacer los vivos mucho ruido con tambores, cornetas y vítores, de pasar grandes revistas, de regalarse con espléndidos banquetes, de poner colgaduras y luminarias y de reproducir en cera las facciones de los caudillos más principales, olvidaba la patria el duelo de los muertos.

Conviene advertir, que si en un suceso de esta importancia lograba un pigmeo arrancar una pluma de la cola de cualquier grulla, la ponía orgullosamente en la parte más alta de su casco, y que varias veces elevó la opinión pública a la magistratura suprema de la nación a ciudadanos que no tenían otro mérito salvo el de haber cogido en las batallas plumas de grulla.

Con lo dicho basta para que comprenda el lector el valor de aquel pueblo, y la fraternal amistad que reinó siempre entre los pigmeos y el coloso. Sentado esto, prosigo la narración de mi verdadera historia.

Es el caso, pues, que una mañana dormía nuestro héroe a pierna suelta en medio de sus amigos. Descansaba la cabeza en parte del reino, y los pies en un estado vecino. Y mientras se entregaba a las dulzuras del sueño, auxiliados los pigmeos de grandes escalas, comenzaron a subir a las alturas de su cuerpo, como soldados al asalto de una muralla, con objeto de reconocer el abismo aterrador de su boca entreabierta, semejante al cráter de un volcán. Uno de los viajeros, entonces, o más atrevido o más curioso que los demás, continuó su ascensión y llegó a la cumbre de la frente, desde donde se descubría un horizonte dilatado y pintoresco por extremo. Una cosa extraordinaria llamó al punto su atención; se restregó los ojos para ver más claro, y le pareció que de la llanura surgía, como por arte de magia, un cerro. De allí a poco pudo observar que aquella masa se movía con lentitud, que a medida que se acercaba iba tomando gradualmente la forma de un ser humano, y que si bien no parecía un gigante de las proporciones descomunales de Anteo, resultaba siempre colosal comparado con ellos. Verdad es que la estatura del viajero, no sólo era infinitamente superior a la de los pigmeos sino que también a la de los hombres de nuestros días.

Apenas adquirió la certidumbre de sus observaciones, bajó corriendo de su atalaya, se fue a la oreja de Anteo, y asomado a la boca de aquella caverna, comenzó a gritar con toda su fuerza:

—¡Anteo! ¡Anteo! levántate en seguida, y coge la tranca. ¡Vamos! anda listo, que viene hacia nosotros un gigante.

El eco de la galería repitió las voces del enanillo antes de que el interpelado entreabriese los párpados.

—¡Déjame dormir criatura!—le dijo,—¿No ves que tengo sueño?

Volvió a subir el pigmeo, miró de nuevo, y distinguió claramente al que venía en dirección del perezoso y descuidado amigo. Ya no había lugar a dudas. No era un monte lo que andaba, sino un hombre de proporciones inmensas, pudiéndose distinguir perfectamente todas las prendas de su equipo: casco de oro, y tan limpio y bruñido, que más parecía un nuevo sol al reflejar los rayos que recibía; al lado, espada corta; a la espalda, una piel de león, y al hombro, una maza más grande, más pesada y más temible, al decir de los espectadores, que la de Anteo, hecha de un árbol entero.



En un instante pudo contemplar el pueblo la nueva maravilla, y un millón de individuos acudió alrededor de Anteo, gritándole a coro que se previniese a la defensa. El tumulto de las vocecitas reunidas produjo un ruido verdaderamente perceptible. Ignoro si llegó a oídos del gigante; pero ello es que no se movió.

Mientras tanto, el forastero avanzaba siempre, y los pigmeos pudieron ver que si su estatura no era tan grande como la de su hermano, era más ancho de espaldas que él. ¡Ya lo creo! ¡Figúrense ustedes si sería el mozo ancho de espaldas, que en cierta ocasión sostuvo con ellas el firmamento!

Más activos los pigmeos que el estúpido durmiente, o inquietos ya por el peligro que le amenazaba, determinaron hacer el último esfuerzo para despertarlo y ponerlo en pie de guerra, y, al efecto, comenzaron a dar grandes voces, y a clavarle sus espadas hasta la empuñadura.

—¡Levántate, bárbaro!—le decían—que viene un gigante forastero con mejores armas y más bravo que tú.

Estas últimas palabras hicieron salir a Anteo de su apatía, porque le hirió más en lo vivo la ofensa de sus hermanos que las estocadas que le daban. Se incorporó entonces, con muestras de muy mal humor, bostezó, se pasó la mano por la cara, y después volvió su estúpida cabeza en la dirección que le indicaban con tanta persistencia los pigmeos.

No bien hubo visto al desconocido, se levantó apresuradamente, empuñó el bastón, y se dirigió con paso rápido a su encuentro, dando zancadas de un cuarto de legua.

—¿Quién va?—le dijo con voz atronadora, que hizo estremecer hasta los cimientos las ciudades pigmeas.—¿Quién eres?—volvió a decir.— ¿Qué vienes a hacer a mis dominios?

Ocurría con Anteo un fenómeno respecto del cual no he querido decir nada todavía por temor a acumular en la narración de esta peregrina historia tantas maravillas que la hicieran al cabo inverosímil. Este fenómeno consistía en que cada vez que nuestro temible gigante tocaba el suelo, ya fuera con las manos, ya con los pies, ya con cualquiera otra parte del cuerpo, aumentaba su fuerza de un modo extraordinario; gracia que le confirió su buena madre la Tierra en prenda del inmenso cariño que le tenía por ser el hijo de quien estaba más orgullosa a causa de su robusta constitución, y medio ingenioso de que se valía para mantenerlo siempre en la plenitud de su incontrastable fortaleza. Pretenden algunos que se hacía diez veces más fuerte cada vez que tocaba el suelo; sostienen otros que sólo dos; y aun cuando no me siento inclinado a sustentar ninguna de las dos versiones, si se acepta la primera conjetura, fácil será calcular la enorme cantidad de fuerza que acumularía paseándose por espacio de dos horas, y descansando luego en el regazo de su madre. Felizmente para la humanidad, Anteo era de índole apática, y gustaba más del reposo que del movimiento de la vida activa y trabajadora, porque si hubiese andado tanto de una parte a otra como los pigmeos, poniéndose en contacto tan rápido y frecuente con la tierra como ellos, haría ya muchos siglos que hubiera podido derribar el



cielo sobre la cabeza de los mortales. Pero los seres de grandeza excesiva son de carácter inerte, y semejantes a las montañas, no sólo en las proporciones, sino también en la tendencia que tienen a la inmovilidad.

Cualquiera otro que no fuese aquel a cuyo encuentro iba nuestro Anteo, se habría espantado de su aspecto feroz y de su vocejón terrible; pero el extranjero no pareció preocuparse nada de su traza, ni de sus gritos descompasados, y no hizo más que levantar en alto con cierta negligencia su maza formidable, sosteniéndola en equilibrio sobre un dedo, sin dejar por eso de seguir su camino, mirando con el rabo del ojo a su adversario, cual si fuera del tamaño de sus hermanitos, quienes por cierto asistían al espectáculo con muestras evidentes de terror.

—¿Quién eres?—volvió a decirle Anteo, ahuecando más la voz —¡Habla pronto, vagamundo, o te enseño a contestar!

—Tienes poca cortesía—le respondió el viajero—, y si no cambias de tono me pondrás en el caso de darte una lección de buena crianza con este palo. Me llamo Hércules, para servirte, y voy por aquí porque es el camino más corto para ir a donde quiero, que es el jardín de las Hespérides, en el cual he de coger tres manzanas de oro para el rey Euristeo!

—¡Bribón! no irás más lejos de aquí—rugió Anteo, poniéndose encendido de soberbia, porque había oído hablar mucho del héroe aventurero, y le tenía ojeriza a causa de su fama—. ¡Te aseguro— prosiguió —que no volverás tampoco al lugar de dónde vienes!

— ¿De veras?

— ¡Sí, señor! y va usted a verlo muy pronto— le replicó Anteo, haciendo un gesto de cólera que lo puso feísimo.—Soy cincuenta veces más fuerte que tú, y, mira—añadió, dando un golpe en el suelo con el pie—, ya lo soy infinitamente más. Pero... yo no mato enanos como tú; te perdono la vida; serás mi esclavo y servirás a los pigmeos. ¡Entrégame las armas, y también esa piel, que me haré con ella unas albarcas, todo, en fin, y pronto!

—Ven a buscarlo—contestó Hércules enarbolando su arma favorita.

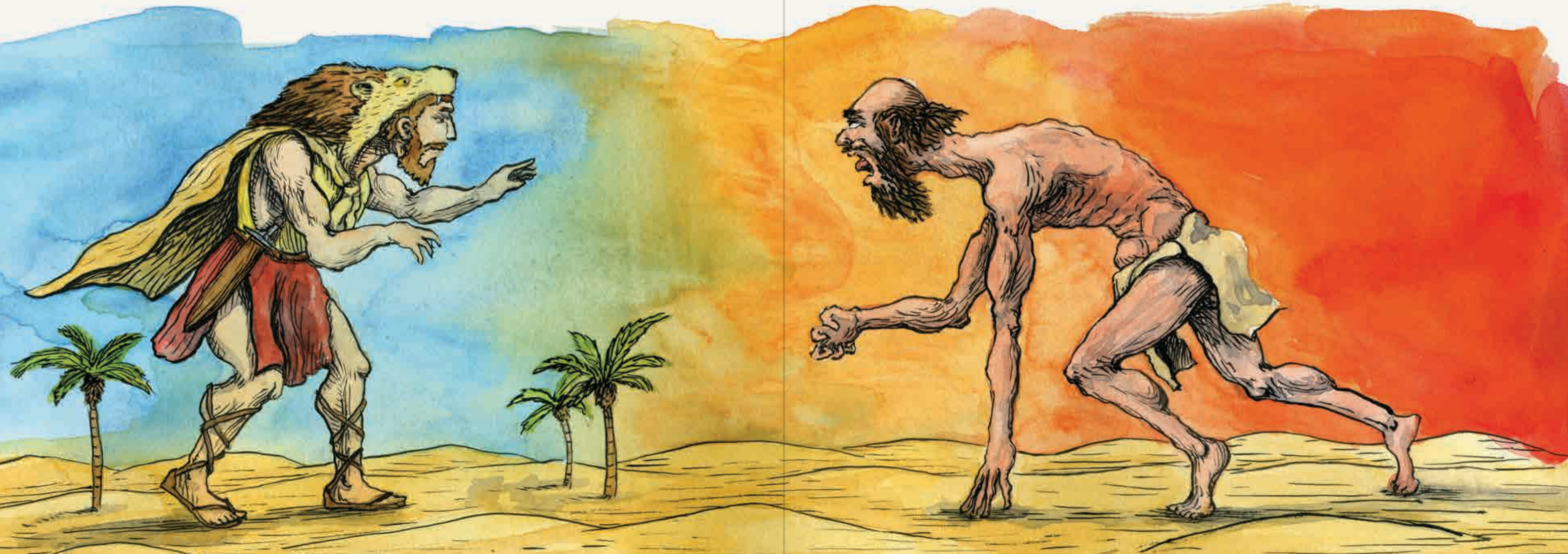
Entonces el gigante, poseído de ira y rechinando los dientes, fue hacia el viajero y descargó sobre él su pesada encina con terrible violencia. Hércules paró el golpe con la maza, y más hábil o más feliz que su contrario, le asestó en la cabeza otro tan terrible, que Anteo cayó cuan largo era en el suelo, quedándose sin sentido, y los pobrecitos pigmeos muertos de miedo, porque nunca pudieron imaginar que hubiera en el mundo persona capaz de medirse con su hermano. Mas no bien hubo sido reconfortado el gigante con el contacto de la tierra, cuando de nuevo entró en combate, acrecentadas las fuerzas, y con una expresión tal de furor, que ponía espanto. Dirige otro golpe a su enemigo; pero, ciego de rabia, no lo alcanza, y va a dar sobre su inocente y buena madre, que se estremece con aquel choque tan inesperado y violento. Quedose el arma de Anteo profundamente clavada en el suelo, y mientras hacía inútiles esfuerzos para arrancarla de allí, Hércules dejó caer su maza con la rapidez del rayo en medio de sus espaldas; siendo tal el poder de su brazo, que el dolor arrancó al gigante un alarido espantoso que llenó el espacio, y cuya vibración pasó, rasgando el aire, por los valles y los montes, a perderse a muy largas distancias; y aún más allá de los desiertos africanos es fama que resonó sordamente mucho tiempo después como tempestad lejana. En las ciudades de los pigmeos no quedó un cristal entero, y en cuanto a ellos, ensordecieron muchos, y murió gran número de mujeres y de niños.

Sin embargo Anteo, que había logrado al fin sacar del suelo la estaca, fue de nuevo sobre su digno contendiente; mas con tan mala fortuna, que rompió en mil pedazos su encina contra la maza del héroe. El cual, entonces, sin dar tiempo al gigante para rehacerse, redobló el ataque, derribándolo por segunda vez. La cólera de Anteo era tal, que más parecía locura, y con sus ademanes y gritos desacompañados demostraba ya, no sólo querer dar fin al viajero, sino destruir el mundo para sepultarse con él en sus ruinas.

—¡Acércate, canalla! que voy a sacarte el corazón— le dijo levantándose.

Hércules, como ya sabrán ustedes, había sostenido, en cierta ocasión, a costas toda la máquina celeste; y aun cuando no le daba miedo del gigante, comenzaba a dudar del éxito de la batalla si seguían peleando a brazo partido, y Anteo cayendo y levantando, porque así aumentaban sus fuerzas y acabaría por aventajarle. No obstante, se desembarazó de las armas y esperó el asalto.

Cuando Anteo lo vio así, comenzó a dar saltos y brincos, esto es, a cobrar fuerzas que le permitieran luchar con ventaja; pero Hércules, que no tenía un pelo de tonto y que sabía cuáles eran las intenciones de aquel grosero, monstruoso y brutal engendro de la naturaleza, discurrió un medio singularísimo de resistir y vencer en la demanda; y poniendo al punto en ejecución su pensamiento, asió al gigante por la cintura y lo levantó en alto, separándolo así de la tierra.



No es posible formarse idea de aquella escena. El coloso, antes tan bravo, tan esforzado y temible, se agitaba ahora en el espacio con los pies en el aire, retorciéndose convulsivamente y gritando como un desesperado. Hércules, por su parte, sin parar mientes en las amenazas, ni en las sacudidas y contorsiones de Anteo, lo sostenía cada vez a mayor distancia de su madre con la misma facilidad que una niña maneja su muñeca. Y fue lo más extraño del caso que, no bien Anteo dejó de hallarse en contacto con el suelo, comenzó a perder, una tras otra, todas sus cualidades, con tanta rapidez, que su enemigo lo advertía por instantes, contribuyendo así a que que las de éste aumentaran con la esperanza del triunfo; y como era la naturaleza del gigante de tal suerte que si permanecía cinco minutos no más sin comunicarse directamente con la tierra, no sólo la resistencia nerviosa de sus miembros, sino también el espíritu de vida debían abandonarlo para siempre, descubierto ya su secreto por el vencedor de tantos monstruos, no debía esperar misericordia. Bueno será tomar nota del caso este para recordarlo si alguna vez nos hallamos en circunstancias parecidas, pues, como se ve, las criaturas por el estilo de Anteo, nacidas de la tierra, sólo son difíciles de vencer en su elemento, y fácilmente sucumben si se las transporta a regiones más elevadas y puras. Así le sucedió al pobre gigante, a quien, a pesar de sus bruscas maneras con los personajes distinguidos que iban a visitarlo, y de su habitual grosería, compadezco sinceramente por el fin desastroso que tuvo.



Paralizadas las fuerzas de Anteo y extinguido su aliento, Hércules, que lo sostenía en alto con los pies hacia arriba, lo lanzó a media legua de distancia, cayendo el gigante como caen los cuerpos muertos. Su madre la Tierra ya nada pudo hacer por el hijo predilecto de sus entrañas, salvo recibirlo en sus brazos. No sería extraño que, habiendo quedado Anteo insepulto, exista por esta causa todavía en aquel lugar un montón de huesos calcinados por el sol africano, y que al descubrirlos algún intrépido viajero los crea pertenecientes a una familia de animales antediluvianos.

Pero ¿cómo expresar la desolación y los lamentos de aquellos desgraciados pigmeos al ver tratar de una manera tan cruel y bárbara a su gigantesco hermano? Ignoro si sus quejas llegaron a oídos del vencedor, porque no pareció entenderlas. ¡Quién sabe también si el rumor que producían no se le antojó de una bandada de pajarillos, asustados de la lucha que acababa de tener lugar! Además, para que no creyera entonces que tales voces eran humanas, mediaba la circunstancia de que, durante el combate, no pudo atender a nada más que a su enemigo; ignorando, antes de la pelea, la existencia de una raza tan extraña. Hércules, pues, que había caminado mucho aquella mañana, y luego combatido con el gigante la batalla que acaba de verse, cansado, rendido de fatiga, sólo se ocupó en aquellos momentos en dar a su cuerpo el reposo necesario, y al efecto extendió en el suelo la piel de león y se acostó, quedando en seguida profundamente dormido...





22

Los pigmeos, que habían observado todos los movimientos de Hércules, apenas lo sintieron roncar se hicieron una seña de inteligencia. Sin ponerse de acuerdo, todos habían conspirado contra el extranjero. Era inminente una explosión terrible en aquel pueblo, herido por el invasor en sus fibras más delicadas: la sangre hervía en los corazones pigmeos desde mucho antes de sucumbir Anteo, el hermano querido, el amigo firme, el protector de la patria, el generoso aliado con cuyo eficaz auxilio habían vencido en cien combates a las grullas. Sólo faltaba un jefe que dirigiera el movimiento. Entonces se oyó una voz que pedía la convocatoria de una Asamblea general. Dada la gravedad de las circunstancias y la urgencia del caso, el remedio era eficaz. Se había salvado la patria. La nación acudió en masa al llamamiento, y en un barbecho vecino se celebró en seguida la reunión. Uno de los oradores más elocuentes del país, guerrero de mucha fama, si bien sólo era temible con la lengua, pidió la palabra, y desde un hongo, improvisado en tribuna, arengó a la multitud, arrebatándola de entusiasmo. Después de hacer el elogio de Anteo y de recordar la obligación en que estaban, dijo estas palabras que nos ha transmitido la historia: «El tiempo apremia, señores, y esta consideración me pone en el caso de ser muy breve, concretando mi discurso a los puntos más esenciales. Además, hoy no es día de pronunciar discursos, sino de sentir y ejecutar. (¡Bien! ¡Muy bien!) Por eso os pregunto en nombre de la patria ultrajada, escarnecida, vilipendiada por un brutal extranjero, si consentiréis que salga de nuestro territorio impunemente para que pueda vanagloriarse después de habernos vencido en la persona de Anteo, siquiera sea valiéndose de medios reprobados y perversos. (¡No! ¡No!)

»Pues entonces, si tales son los propósitos de todos, ya no hay más qué decir sino es que unidos en la acción como lo estamos en el pensamiento, y estrechamente abrazados a nuestra bandera sacrosanta, todos nos alcemos como un solo hombre y marchemos contra el enemigo común, contra el enemigo de nuestro generoso aliado, que lo es al propio



23

tiempo de nuestra libertad, de nuestro derecho, de la religión de nuestros padres, y de las instituciones de la patria de nuestros hijos (Aplausos estrepitosos); de esta patria, señores, tan querida, tan ilustre y tan grande, teatro de tantas glorias y cuna de tantos héroes. (Estrepitosos aplausos).

»¡A las armas, pigmeos! Corramos, volemos al enemigo, y exterminémoslo. Sólo así los restos de Anteo no serán monumento de infamia que nos afrente: sólo a este precio lo serán de nuestro dolor eterno y de nuestra venganza juntamente, porque verán las generaciones futuras que allí mismo, al lado de la víctima, hicimos justicia en el verdugo, dándole muerte; sólo por medio de actos semejantes alcanzan los pueblos en la historia renombre de magnánimos, esforzados y grandes. (Grandes y prolongados aplausos).

»He aquí, señores, expresado mi pensamiento. Voy a concluir. (¡No! ¡No!) Me siento muy fatigado, señores, y necesito descansar. Pero antes de sentarme debo decir una cosa, y es esta: la patria espera de vosotros una respuesta digna, terminante, categórica, cual conviene a un pueblo libre; una respuesta, en fin, formulada en tan breves y enérgicas palabras que acreciente, si es posible, en honra de nuestros hijos, la herencia gloriosa que recibimos de nuestros padres; de aquellos invencibles guerreros que pasaron la vida en los campos de batalla, en perpetua lucha con las grullas, y que hoy se estremecen de entusiasmo en los sepulcros donde yacen cubiertos del polvo de los siglos, al contemplar el hermoso, el sublime espectáculo que ofrecen al mundo sus dignos descendientes.» (Grandes, estrepitosos y prolongados aplausos).

En efecto, un entusiasmo irresistible se apoderó de todos los corazones, prorrumpiendo cuantos allí estaban en protestas del más ardiente patriotismo y de sincera adhesión a las elocuentes frases del orador. El cual, después de inclinarse ligeramente, haciendo un ademán digno de Cicerón, impuso silencio a la multitud, y prosiguió de esta manera:

«Réstanos solamente, señores, convenir en un punto concreto: saber si esta explosión del sentimiento nacional ha de manifestarse por medio de un levantamiento en masa, o diputando uno de nuestros generales de más prestigio y de más limpia historia militar para que desafíe al matador de Anteo, en nombre de todos, y se bata con él en campo abierto. (Muestras de aprobación). Bien sé que hay entre vosotros muchos a quienes la fortuna dejó ilustrarse más que a mí; pero ya que estoy en el uso de la palabra, y que es mi ejercicio la honrosa profesión de las armas, séame lícito el ofrecerme para cumplir este deber, (Bien, muy bien). Y creedme, señores, ya sobreviva o ya sucumba en la demanda, la honra de la patria y la gloria que nos han legado nuestros heroicos ascendientes, siempre tendrán en mí un fiel mantenedor; y nunca, lo juro con la mano puesta sobre la cruz de mi espada, nunca, repito, aun cuando el brazo feroz que ha puesto término a la vida de Anteo me hiciera sufrir la misma suerte que a él, nunca seré traidor a la causa por la cual estoy dispuesto a verter hasta la última gota de mi sangre.»



Al pronunciar estas palabras sacó el pigmeo su espada, del tamaño de la hoja de un cortaplumas, y arrojó la vaina sobre las cabezas de sus oyentes. Este ademán, su brillante improvisación y el heroísmo y la generosidad de que dio muestra en todo su discurso, electrizaron a los pigmeos de tal suerte, que por centésima vez volvieron a aplaudirle, ahora más que antes; y ocupados en obra tan agradable se hallarían aún, si los ronquidos en crescendo del durmiente no les hubieran recordado la obligación en que estaban de hacer algo más positivo para la patria.

Abierta la discusión sobre lo propuesto, y después de un amplio y luminoso debate, se acordó por último que, siendo una ofensa nacional la inferida por Hércules, y él, por lo tanto, enemigo público, si bien se consideraba suficiente un sólo pigmeo para sacar incólume la honra de los pigmeos, todos los ciudadanos debían empuñar las armas. Y como a última hora surgiera una cuestión incidental sobre si exigía o no el decoro del país enviar previamente a Hércules un heraldo con trompeta para notificarle la declaración de guerra, según uso y costumbre en casos tales, dos o tres pigmeos venerables, de espíritu sagaz y muy versados en asuntos de política internacional, opinaron que pudiendo considerarse rotas las hostilidades desde el momento en que se había violado el territorio por el enemigo, el derecho y la justicia consentían atacarlo por sorpresa. Además, añadieron que una vez despierto y levantado Hércules, podía causarles pérdidas considerables antes de quedar vencido por las tropas. Estas y otras consideraciones de los notables, vencieron los escrúpulos monjiles de aquellos ciudadanos, que determinaron al fin atacar al durmiente, sin más preámbulos ni vacilaciones.





Al efecto, cuantos hombres había en edad de luchar por la nación pigmea se alistaron, poniéndose en seguida en marcha contra Hércules. Un cuerpo de veinte mil arqueros formaba la vanguardia con las flechas prevenidas. Otra división de igual fuerza tenía orden de subir al asalto armada de lanzas, y pertrechada de haces de heno seco: las lanzas para saltarle los ojos, y los haces de heno para introducirselos bonitamente, y sin que lo sintiera, por boca y narices, prendiéndoles fuego después, con objeto de asfixiarlo. Imposible fue a estos últimos ejecutar el movimiento proyectado, porque, siendo muy violenta la respiración del enemigo, cada vez que los ingenieros se acercaban a las ventanillas de su nariz, caían derribados, resultando gran número de contusos. Se hizo necesario entonces cambiar de plan, cosa que contrarió por extremo a los generales, como es fácil comprender; pero, después de un largo consejo, se acordó quemar la cabeza de Hércules, poniendo bajo de ella y a su alrededor, hasta la altura conveniente, una cantidad considerable de materias combustibles.

Cincuenta mil hombres dirigidos por oficiales conocedores del terreno, pusieron manos a la obra, y lograron en pocos instantes reunir las hojas y ramitas secas necesarias para hacer una como almohada donde parecía descansar la inmensa cabeza del héroe, que proseguía durmiendo, esta vez a dos dedos de la muerte más horrible que pueda imaginarse. Por entonces habían ocupado ya los arqueros posiciones ventajosas, y tenían orden de disparar sobre él apenas se moviera. Así las cosas, pusieron fuego a la hojarasca por varios puntos a un tiempo, y poco después se vio envuelto en torbellinos de humo y llamas la mitad superior del cuerpo enemigo. Aquel incendio era más que suficiente para quemar vivo a Hércules; así que un pigmeo, aun siendo tan diminuto, es tan capaz de incendiar el mundo como el mayor gigante. Después de todo, el nuevo plan de campaña era el más eficaz y expedito para obtener el triunfo rápidamente, siempre que el enemigo continuase inmóvil en medio de la conflagración universal.

Mas no fue así, porque apenas hubo sentido Hércules el calor del fuego, se levantó sobresaltado, sacudiéndose con presteza el pelo y la barba que le ardían.

— ¿Qué es esto?—exclamó medio dormido aún, y mirando a todas partes, porque creía sin duda habérselas con algún gigante.

En aquel momento le dispararon los veinte mil arqueros una nube de flechas, que fueron a dar en su rostro como bandada de mosquitos. Hércules no hizo alto en ello, porque su piel era dura por extremo, lo cual no parecerá extraño si se advierte que los héroes, por regla general, tienen cara de vaqueta.

— ¡Infame!—le gritaron a coro los pigmeos. — ¡Matador del gigante Anteo, nuestro poderoso amigo y aliado, te declaramos la guerra a sangre y fuego, y vas aquí mismo a morir! ¡Defiéndete, miserable!

El vencedor de Anteo, o el matador suyo, al decir de sus vengadores, después de apagar el incendio de su cabellera, se había quedado un tanto pensativo sin alcanzar a explicarse aquel suceso, y ya se inclinaba a suponerlo hechura de algún enemigo invisible, cuando llegó a sus oídos el concierto de vocecitas que hacían los pigmeos. Miró en torno suyo, y no sin dificultad divisó a sus pies una multitud innumerable de figuritas que se movían en todas direcciones. Se bajó, alargó el brazo, tomó cuidadosamente con dos dedos una de ellas, la puso en la palma de la mano izquierda, y no sin cierta admiración se la acercó a los ojos para examinarla mejor. En efecto, era un hombre lo que veía, y casualmente el mismo que acababa de pronunciar en la asamblea, subido en un hongo, aquel discurso tan bello y tan patriótico, y en el cual se ofreció a sus conciudadanos para desafiar a Hércules.



—Pero, chico—exclamó el héroe—¿quién eres?

—Tu enemigo—le contestó el esforzado pigmeo con todo el poder de su voz aguda y chillona. Has dado muerte al gran Anteo, nuestro hermano materno, y el aliado constante, generoso y fiel de nuestra illustre patria, y por eso, todos hemos jurado tu muerte. Heme aquí, pues, que te desafío para entrar contigo en batalla, sin más tardanza, y con armas iguales.

Hizo a Hércules tanta gracia la valentía de aquel paladín de nuevo cuño, y se echó a reír tan desacompadadamente, que por poco lo deja caer desde la inconmensurable altura de su mano.

—Bajo palabra de honor—se dijo Hércules—, que no tenía idea de semejante cosa. He visto verdaderas maravillas y portentos extraordinarios: hidras con nueve cabezas, perros con tres, corzos con cuernos de oro, gigantes con volcanes en el pecho, hombres con seis pies, ¡y qué sé yo cuántas cosas más! pero nada es comparable a este prodigio, porque es un hombre perfecto del tamaño de un cigarro de papel. —Dime—prosiguió dirigiéndose al pigmeo— ¿cómo será tu alma, siendo tú tan chico?

— ¡Como la tuya, siendo tú tan grande! — le replicó el tribuno.

En la intrepidez que demostraba el pigmeo, a juzgar por sus respuestas, no pudo Hércules menos de reconocer que un vínculo de fraternidad los unía el uno al otro, como un héroe a otro héroe. Y entonces, dirigiéndose a la nación entera, le habló de esta suerte después de saludarla cortésmente: «Amigos míos: por todo el oro del mundo no sería capaz de causar el menor daño a seres tan nobles y tan bravos como sois vosotros. Vuestros corazones se me antojan tan grandes, que no alcanzo a explicarme cómo pueden contenerse en vuestros cuerpos. Quiero vivir en paz con vosotros para siempre, y os la pido. Saldré de vuestro territorio luego al punto, si así lo queréis, y saldré despacio y mirando dónde pongo los pies para no causaros daño alguno. Adiós, pues.» Dijo, y se marchó riendo.

Hércules se confesaba vencido.

Pretenden algunos historiadores que se llevó en un dobléz de su capa a todos los pigmeos para que los hijos del rey Euristeo jugaran con ellos a los soldados; mas esto no es exacto, que allí los dejó en su tierra, donde continúan sus descendientes habitando, construyendo sus casas, labrando sus huertos, criando sus hijos, dando batallas a las grullas, despachando sus negocios y leyendo sus historias de los tiempos pasados. Es probable que en esas historias se halle consignado de una manera indubitable, entre otros hechos de autenticidad parecida, que los esforzados pigmeos vengaron, siglos atrás, la muerte del gigante Anteo, su amigo, derrotando al poderoso Hércules, y poniéndolo en fuga vergonzosa, lo cual no tiene nada de particular.

¡Así se escribe la historia!



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO



Leer es mi cuento 1

De viva voz

Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

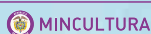
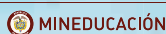
*Usted puede leer los libros
digitales de esta serie en:*

www.maguare.gov.co/leeresmicuento

El mito de *Los Pigmeos* ha sido contado una y otra vez a niños de todos los tiempos, desde aquellos en los que la tierra era aún niña. ¿Y quiénes inventaron estos mitos? Los inventaron los griegos, quienes difundieron su cultura por todas partes y en todas las épocas. Fueron ellos quienes mejor comprendieron las leyes que gobiernan el mundo; y sus grandes escritores, sus sabios, las contaron de manera divertida, mágica, maravillosa, entretenida y bella para que todos podamos disfrutarlas. Cuando leemos este libro en la casa, en la biblioteca, nos divertimos y aprendemos. Abuelos, padres y maestros, al leerlo a los niños, dejarán en ellos un recuerdo tan fuerte y tan grato, que cuando los niños de hoy sean abuelos, lo contarán también a los suyos.

Gina Parody d'Echeona
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA



ISBN 9789588827469



9 789588 827469

